



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 20.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

30 de Mayo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

El culto de la Virgen, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Al Sacramento, poesía, por don Francisco Jimenez Campaña.—Calvario y Redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Gloria á Maria, poesía, por don J. Tejon y Rodriguez.—La Virgen de las ruinas, novela por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL CULTO DE LA VIRGEN.

Mil veces, cuando el alma está sedienta de consuelo, cuando el corazon busca instintivamente refugio y amparo, elevamos nuestras plegarias al cielo, anhelandos encontrar allí esperanza y bálsamo para nuestros dolores, y lenitivo y remedio para nuestros males.

Pero rara vez, al elevar á Dios nuestros ruegos, nos atrevemos á hacerlo directamente, y buscamos en nuestro afan un ser que, siendo bastante poderoso y santo para interponer su influencia en nuestro favor, sea sin embargo menos inmenso, menos grande que la suprema divinidad, cuya majestad augusta deslumbra nuestros ojos, y confunde nuestro espíritu en el polvo de su misma pequenez.

Y al buscar un intercesor, un abogado en cuyas manos confiar nuestra causa, ¿qué otra figura, qué otro nombre surge ante nuestra vista y acude á nuestro labio, que el de la Santísima Virgen Maria, Madre de pecadores y refugio de tristes y afligidos?

Algunas veces, sin embargo, hemos oido decir á personas que se llaman católicas, pero cuyo corazon helado no comprende la santa ternura del sagrado amor, ni el divino calor de la segura fé, que no es necesario orar á la Virgen, que sus ruegos no nos pueden salvar, porque en ningun texto de las Sagradas Escrituras están consignados estos asertos.

Nosotros, que creemos el culto de la Santísima Virgen Maria, la mas tierna, la mas dulce, la mas poderosa manifestacion del sentimiento cristiano, vamos á contestar á estas palabras, vamos á refutar estas ideas, creadas solo en un cerebro enfermo, en la imaginacion llena de sombras, de un deista, de un protestante, ó de un falso católico, que no solo se extravía si no que quiere estraviar á los demás.

Nuestra voz es bien débil para ello; nuestras frases harto poco autorizadas; sin embargo, no vacilamos en manifestar nuestra opinion porque

la fe guía nuestra pluma, y el amor á la Santísima Virgen llena nuestro corazón.

Empezaremos, pues, dando la respuesta á esta pregunta:

¿Estamos obligados á elevar nuestra oración á la Madre de Dios?

¡Si debemos orar á la Virgen!

Dirigid esa pregunta al corazón de un católico, y antes de consultar libro alguno, antes de tener tiempo de formular un pensamiento, os responderá afirmativamente con un latido de ternura, y con las primeras frases de su mas sentida plegaria. Preguntádselo á su razón y después de una meditación profunda, después de repasar los mas eminentes autores, de leer una y mil veces los sagrados textos, su inteligencia de acuerdo con su alma, os responderá también que sí, de una manera positiva y cierta.

Nosotros que como hemos dicho siempre, nos guiamos antes que por nada por los instintos de nuestra alma, vamos á contestar de dos maneras: primero con la voz sola del sentimiento: después, con razones mas autorizadas, ateniéndonos en un todo á los sagrados textos; pero sin vacilar un punto empezaremos dando la preferencia á las inspiraciones de nuestro corazón.

La oración es un lazo misterioso que liga la tierra con el cielo: es el perpetuo clamor del alma, que busca y pide á un Ser superior todo lo que no puede hallar en este mundo de un día: la oración encierra en sí misma la fe, simboliza la esperanza, y sostiene el amor: la oración en fin es una continua súplica, una eterna plegaria, por la cual, después de bendecir y honrar á Aquel á quien todo lo debemos, pedimos consuelo y gracias á Aquel también de quien todo lo esperamos.

Pero estas peticiones, estos ruegos los hacemos casi siempre por medio de María, puesto que no en vano el mismo Dios depositó en ella todo el tesoro de sus bendiciones y de su amor.

¿Porque si no para qué recurriéramos á su bondad, la concedió tantas prerogativas, la otorgó tan sin igual influencia? Ella para sí nada necesitaba puesto que era bendita entre todas las mujeres, puesto que encerraba en su ser toda la plenitud de los celestiales dones. Luego si el Creador dividió en ella su reino, poniendo en su mano el cetro de la clemencia y reservándose el de la justicia, ¿á quién sino á María hemos de orar pidiendo consuelo y demandando misericordia?

Quien negará su poder? ¿quién negará su bondad? ¡Oh! nadie, ¡es imposible! pues si bondad y poder residen en ella, ¿á qué preguntar si debemos orar á sus pies?

Sus prerogativas, sus excelencias, esceden á

las excelencias y las prerogativas de todos los santos y los ángeles juntos. Son superiores, y con mucho á todo lo creado. Su grandeza es casi igual á la grandeza de Dios: y si os parece atrevido este pensamiento, escuchad:

Para crear cien mundos, para evocar del caos los espacios y el firmamento, le bastó al Señor una sola palabra y un solo acento. «Hágase», dijo, y ante esta orden breve y concisa, la luz y los cielos, y los orbes y la tierra, fueron hechos, sin que su poderoso Creador necesitase un solo instante del consentimiento de la luz, de los orbes y de la tierra para sacarlos de la nada. Pero llega el momento de redimir con su sangre ese mismo mundo, obra de su diestra: llega el instante de tomar, para conseguirlo, una naturaleza humana, y antes de efectuar esta segunda creación, antes de inaugurar esta nueva era de gracia, envía uno de sus mas hermosos ángeles como embajador celestial á la rosa de Nazaret, y casi aguarda su consentimiento para descender á sus entrañas, pues esta sagrada union, este consorcio entre lo divino y lo humano no se verifica hasta que los labios de la Virgen pronunciaron estas sencillas palabras: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra.»

¿Cómo negar, pues, que Dios une su pensamiento al pensamiento de María, y que debemos enviarla nuestros ruegos y nuestras peticiones, puesto que el Omnipotente, no solo cede á sus deseos, sino que sujeta su voluntad á la voluntad de su inmaculada Madre?

Mas si estos pensamientos, innatos en nuestro ser, si estas verdades, iluminadas por la luz de la fe, no fueran suficientes ante la helada y pobre ciencia de los que niegan el poder de la Virgen Santísima; si la voz de un alma creyente no encontrara eco en su alma fria y calculadora, colocaremos la cuestion en otro terreno, y contestaremos ahora con la Sagrada Biblia en la mano: con los textos de ese libro que es infalible y santo, porque santo é infalible es Aquel que le ha inspirado.

Leed en él; buscad el Evangelio de San Juan, cap. 11, v. 1 al 9, y vereis el primer milagro visible que hizo Jesus, ¿á quién se debió?

Á la purísima Virgen, á María.

Jesus asiste con su Madre y sus discípulos á las bodas de Caná de Galilea.

Los convidados son muchos, y á aquellas pobres gentes les falta el vino para dar de beber á sus huéspedes.

—No tienen vino; dice la Santa Virgen dirigiéndose á su Hijo, que la escucha, sin parecer dispuesto á ceder á su petición.

Pero María, que sabe la influencia celestial de su ruego, insiste aun, y confiada en que su voz será oída, dice á los criados:

—Haced lo que mi Hijo os dijere.

Y mandando el Señor que llenasen de agua seis grandes vasijas, el agua quedó convertida en vino.

Hé aquí la prueba mayor del ascendiente de la Virgen con el Supremo Hacedor.

Tal vez en aquella ocasion la eterna sabiduría no queria manifestar aun su infinito poder, ni lo divino de su origen; pero María suplica, María ruega, y todo un Dios, torciendo por decirlo así, su soberana voluntad ante un deseo de su Madre, altera acaso su divino plan, plega su pensamiento al de la poderosa intercesora, y el milagro queda hecho.

Milagro en que el Señor quiso manifestarnos que nada negaria é la que habia escogido para co-redentora del género humano, y que cuanto pidiéramos por medio de Ella nos seria concedido.

¿Qué mas prueba queremos para saber que debemos orar á la Virgen?

Pero si se necesita una prueba mas ostensible y segura, sigamos la lectura de esos mismos libros. Pasemos algunas páginas algunos capítulos mas.

Buscad el fin del drama sangriento que terminó con un deicidio en la cumbre del Calvario.

Escuchad las postreras palabras del Hombre Dios que espira en la Cruz. Cada una encierra una promesa, una máxima divina ó un rescripto de perdon.

¡Oid la tercera! se dirige á María, y queriendo derramar de una vez el tesoro de su amor sobre el hombre, ya que no le quedaba mas sangre que verter por él, se desprende de lo mas precioso que le queda en el mundo, de su dulce Madre, para hacerla Madre de la raza de Adán, y la dice con triste y moribundo acento: «Mujer, hé ahí á tu hijo;» y queriendo manifestar mas claramente su divino pensamiento, exclama, mirando al discípulo amado: «hé ahí á tu Madre.» San Juan. cap. 19, v. 25, 26 y 27.

Desde aquel instante María quedó constituida en Madre del hombre, y lo será hasta el fin de los siglos!

Nadie, nadie ha dudado desde entonces que somos hijos de María! Y si esto es así, ¿qué hijo no pide, no ruega, no invoca á su Madre?

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

AL SACRAMENTO.

ODA.

Señor de majestad y de grandeza,
Tuyo es todo poder, de tu mirada
Nace el amor fecundo,
Los astros que se agitan en la altura
Y que incendian la bóveda azulada
Himnos ¡oh Dios! te elevan,
Que tienes bajo el pié rodando el mundo.
Los ángeles que llenan de armonías
Las candidas regiones de tu cielo
En tu amor abrasados,
De sus arpas de oro
Arrancan las suaves melodías,
Que forman del amor canto sonoro.
Y la mar que se irrita embravecida
Y aplaca su furor en la ribera,
Parece que llorando
De tu poder la mano allí escondida
Humilde está besando.
Y el arroyo, y el céfiro y las aves,
Que en el bosque murmura, gime ó cantan
Himnos de amor suaves
Con voz agradecida te levantan.
Mas tú, Señor, con poderoso acento
En la Hostia bendita
Ocultando los claros resplandores
De tu gloria infinita,
Á tu amor y poder canta loores.

Tú el Dios de Sinaí, leon rugiente,
Que á las revueltas tribus
Desmayabas, en cólera potente,
Señor de los ejércitos temido,
Que abrasaste en el rayo de tu ira
Al que puso atrevido
Manos inícuas en el templo santo,
Donde tu gloria y tu virtud se mira:
¿Cómo dejas al hombre que te ofende
Acercarse al convite soberano
Y en su crimen tu diestra no se enciende?
Tú tienes la morada
En esta tierra oscura
Con lágrimas regada
Y llena de soberbias y de encono,
Placiéndote encontrar un alma pura,
Do se eleva á tu amor radiante trono.

Rico maná que á la ambulante grey
De la vida en el árido desierto,
Da rápida pujanza
Para seguir la senda, y la esperanza
Alienta de encontrar seguro puerto.
Suavísimo licor, que al fuerte atleta

Que lucha por la fe, da poderío
 Contra las olas de la mar inquieta,
 Contra las garras del león bravío.
 Y los pueblos que gustan tu dulzura
 Y doblan en tus aras la rodilla,
 Admiran la ventura
 Sonreír en su plácido horizonte,
 Cuando la luna misteriosa brilla
 Y el sol entre fulgores
 Aparece en la cima de alto monte,
 Y la nación impía
 Que en el misterio de tu amor no crea
 No tenga claro día
 Y la paz en sus noches nunca vea.
 Y sepa al fin ¡oh Dios! que eres la calma
 Y luz de tierno encanto,
 Y que lejos de tí, no hay para el alma
 Sino desdicha y tenebroso espanto.

Por eso, tú, Granada,
 La bella ciudad mora
 Que un día despojada
 De galas que Stambul rica atesora,
 Á tu fe convertida
 Vino á gemir al pie de tus altares,
 Cual otra Magdalena, el pie bañado
 En ricas perlas de sus ojos bellos;
 Hoy ya, Reina cristiana,
 Extiende en tu carrera
 Su manto de esmeraldas y de flores,
 Y mientras huellas tú la pompa vana
 Ella te pide con amor, sincera,
 Que calmes sus dolores,
 Que apartes de sus ásperos caminos
 Del dolo y del pesar la vil escoria.
 Y que la inundes en tu ardiente gloria.

Francisco Jimenez Campaña.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

Me tienes inquieto, hermana mia, con tu silencio ó con tu olvido.

Por qué no me escribes? por qué no me comunicas ya tus pensamientos, diciéndome si sufres y si eres fuerte para resistir tu sufrimiento?

Tu situacion me aterra y quisiera á toda costa sacarte de ella, haciéndote volver al lado de nuestra madre; ya te lo he dicho.

En cuanto á mí, tengo que contarte muchas cosas: Dios me ha dado en la vida algunos pesares, pero los he compensado con íntimas y puras

alegrías! Nuestra separacion, la pérdida de nuestro rango y de nuestra fortuna habian, si nó abatido mi espíritu, al menos entristecido mi corazón. Pero la bondad divina, comprendiendo acaso la sed de afectos de mi alma, la necesidad de ocupar de continuo mi mente para poder olvidar el pasado, ha puesto en mi camino á este pobre ángel, desamparado y doliente, ha infundido en mi ánimo el afán de protegerle y devolverle la felicidad posible, dando de este modo pasto á la actividad de mi pensamiento, y dulce ocupacion á mi alma.

Si, el interés que me inspira Angelina, la esperanza de hacer de ella un ser inteligente y bello, un ser que todo me lo deba, y cuyo corazón despierte al sonido solo de mi voz, alejan todas las sombras de mi mente, y llenan mi vida de una luz clara y suave, que disipa las sombras que por doquier la rodean.

Y Dios corona mis esfuerzos.

Oh! la caridad, la santa y divina caridad, único lazo que me liga con esta niña, es un sentimiento del cielo que los ángeles deben proteger y el cielo entero bendecir.

Ya te dije que mi anciano amigo, el doctor Montemar, habia visto á Angelina, y la habia tomado á su cuidado, prescribiéndole algunas medicinas, y trazándola un plan en el que yo debia tomar parte.

El doctor es un sábio, hermana mia, y á los dos ó tres dias de seguir sus consejos, en las mejillas de Angelina empezaban las rosas á sustituir á las azucenas, y sus labios, pálidos y marchitos antes, se tornaban rojos, y sonreían sin aquella tristeza infinita que antes inspiraba lástima.

Y ella que jamás habia intentado, ni aun deseado siquiera, dejar el sillón á donde Susana la colocaba, llevándola en sus brazos, y en donde pasaba los dias muda, helada como una masa inerte, ha empezado á hacer esfuerzos por moverse y andar, ha empezado á tender las manos á su nodriza, suplicándola con su mirada, que ya es clara é inteligente, que la ayude, que la sostenga, que la lleve á esta ó á aquella parte.

Hace algunas mañanas que yo bajé como de costumbre, á pasar á su lado una hora.

Era un hermoso día de primavera, y aunque apenas serian las siete, el sol, brillaba dorado y puro, penetrando por las abiertas ventanas de su estancia, desde donde se descubrian las flores y se aspiraban los perfumes del jardín.

Yo entré sin hacer ruido.

Angelina se hallaba sentada junto á la reja, con su bellísima cabeza levantada y con sus grandes ojos azules fijos en la jaula del ruiseñor

que yo la he traído, y que en aquel instante llenaba el espacio con sus alegres cantos.

Angelina le miraba absorta, y aun parecía que algunas veces sus preciosos labios se movían, anhelando formular algún sonido.

Susana, que no estaba lejos, me hizo seña de que la mirase, y yo la contemplé en silencio, sin atreverme á interrumpir su muda abstracción.

No sé por qué, acaso porque en nuestra mirada á veces hay alguna parte de la atracción que le comunica el alma, la niña volvió la cabeza y me vió inmóvil en el dintel.

Sus facciones se animaron, su boca se abrió y de ella se escapó un leve grito, un grito inarticulado, pero en cuyo sonido dulce y argentino se revelaba el acento, y el acento timbrado con la ternura del alma, con la armonía del primer sentimiento del corazón.

Después hizo un brusco movimiento, y se levantó del asiento quedando por primera vez de pie, aunque se apoyaba con ambas manos en el brazo de su sillón.

Susana y yo nos miramos llenos de asombro.

La nodriza quiso correr hacia ella, pero yo la hice una seña y permaneció en su puesto.

Angelina se mantuvo inmóvil por algún tiempo: Su deseo era sin duda venir hacia mí, y probaba sus fuerzas, y se ensañaba para efectuarlo, siempre mirándome y revelando en sus facciones el anhelo y el miedo.

Oh! María: yo no te podré explicar la emoción que sentía en aquel instante. Solo una madre que ve dar los primeros pasos al hijo de su alma, y teme verle caer, aunque sonría llena de esperanza, podrá comprender lo que pasaba por mí.

Angelina cobró al fin valor: el afán de llegar á mi lado venció su temor, soltó el brazo de su sillón, extendió sus pequeñas manos como pidiendo ayuda, y dió hacia adelante dos ó tres pasos, vacilantes é inseguros.

Yo no me atrevía á moverme: contemplaba con el aliento suspendido aquellos primeros esfuerzos, y hasta hubiera querido contener los latidos precipitados de mi corazón, por no perder uno solo de sus movimientos.

Con una palabra muy queda, supliqué á Susana que fuera en su auxilio, mientras yo llamaba la atención de Angelina atrayéndola con una mirada.

La nodriza se acercó á ella y tomó la mano, que tenía extendida, y así sujeta con aquel apoyo llegó hasta mí, después de haber cruzado la habitación toda.

La recibí en mis brazos y la estreché sobre mi corazón, que aun latía estremecido, estampando mis labios en su frente.

Aquella frente se coloreó de rosa, y entonces ya no pude dudarle, porque vago, indeciso, balbuciente, se escapó de sus labios mi nombre.

Loco de alegría, enagenado de un gozo purísimo, corrí á casa del doctor para anunciarle que Angelina andaba, que se habían roto los lazos que sujetaban sus piés, y que al par hablaba, formulaba una frase.

Montemar se admiró de aquellos rápidos progresos, y me hizo referirle minuciosamente todos los detalles de la escena ocurrida.

—Qué edad tiene esa niña? me preguntó después pensativo.

—Oh! no puedo precisarla: aparenta á lo mas diez ó doce años; pero su estado anterior me impide juzgar con exactitud.

—Acaso tenga algunos mas, murmuró el doctor. Los sufrimientos y la enfermedad hacen raquíticos á los niños.

—Y su edad pudiera influir....?

—Oh! sí: porque el corazón es un gran auxiliar para la inteligencia, y el sentimiento á veces es tan poderoso en algunos seres, que vence y domina la parte física.

—Ah! exclamé sin llegar á comprender bien.

—V. se ha impuesto una obligación sublime junto á esa pobre criatura, añadió; Dios haga que la cumpla V. hasta el fin.

En vano le rogué que me explicase aquellas palabras; él evadió la respuesta, limitándose tan solo á darme algunas instrucciones para el tratamiento de nuestra enferma.

Preocupado con estas ideas, salí del despacho del doctor; pero era mas tarde de lo que yo pensaba.

Por primera vez había faltado á mi obligación, pues dieron las nueve antes de que hubiera llegado á casa.

Entonces resolví subir á mi cuarto y no entrar ya en el despacho, donde el señor de Aguilar habría notado mi ausencia.

Así lo hice en efecto, y allí permanecí hasta la hora del almuerzo, en que tampoco asistí al comedor, pensando pretextar una ligera indisposición para justificar mi falta.

El señor de Aguilar envió á Julio á buscarme, y éste volvió á decirle en mi nombre que no me sentía bien aquel día.

No había pasado media hora, cuando con gran sorpresa mía, mi principal subió á mi cuarto á informarse por sí mismo de mi estado.

Estuvo amable y bondadoso hasta el extremo, y contra su costumbre; me dijo que no bajase al despacho en todo el día, hasta que me hallase enteramente mejor, y al salir añadió:

—Ah! se me olvidaba; solo quiero exigir de V.

un favor en nombre de Valeria.

—Estoy á sus órdenes, contesté inclinandome.

—Puesto que hoy en todo el dia no se va V. á ocuparse de los asuntos del despacho, si por la tarde se siente bien, quisiera que bajara V. á su habitacion: desea que le escriba V. unas cartas ó le liquide algunas cuentas.... no sé lo que me ha dicho.... cosas suyas en fin; pero yo le ruego á V. que la complazca.

—Á qué hora podrá recibirme la señorita Valeria? le pregunté por toda respuesta.

—Despues de comer quizás.... cuando V. pueda dedicarse al trabajo.

—Desde este momento, repliqué vivamente; hágaselo V. presente, y dígala que solo aguardo me indique el momento que le sea oportuno.

D. Luis salió, y media hora despues un criado me sirvió el almuerzo en mi cuarto, cosa contraria á las reglas de aquella casa. Cuando terminé,

—La señorita, dijo, me ha encargado manifestarle que le está esperando en su habitacion.

Arreglé un poco mi traje, compuse mis cabellos, y bajé al cuarto de Valeria.

Despues del primer saludo,

—Está V. enfermo? me preguntó con una voz que me pareció conmovida.

—Á una ligera indisposicion no debe dársele el nombre de enfermedad, señorita, respondí.

—Sin embargo, añadió, he suplicado á mi padre que no le ocupe á V. hoy.

—Ya lo sé, y doy á entrambos las gracias; dije á Valeria.

—Tambien le he rogado que bajase V. un momento.... deseaba que me hiciese V. algunas notas, algo pesadas para mí; pero puesto que ha pasado V. mal la mañana, lo aplazaremos para otro dia: hoy debe V. distraerse.... un trabajo tan asiduo debe molestarle; papá me ha dicho mil veces que se afana V. demasiado.

—No hago mas que cumplir con mi deber; respondí solamente.

—Sí, murmuró; pero hay deberes tan áridos, tan penosos.... que bien pudieran cambiarse por otros. Á propósito: V. es un gran músico.... no diga V. que no: la otra noche pude convencerme de ello; yo, dicen que tengo una voz regular, y que pudiera adelantar mucho; pero ayer he despedido al maestro, y....

No se atrevia á proseguir y yo á mi vez guardaba silencio.

—Si V. tuviese la bondad de darme algunas lecciones.... murmuró.

—Yo! respondí admirado.

—Oh! sí, replicó vivamente; yo creo que mi padre convendrá en ello, y que me cederá por algunas horas su tiempo de V.

La mirada de aquella mujer era en aquel instante dulce, amorosa, y casi suplicante.

Por un momento pensé que Julio habia mentido, y que un impulso de celos y de envidia le habia obligado á calumniarla.

De todos modos yo no pude negarme á esta exigencia, y acepté dándola gracias por la distincion que en ello me hacía.

Tal vez, si me hubiera puesto á examinar detenidamente mi corazon, hubiera hallado en él un movimiento de alegría por este hecho.

Sí, María, sí; porque de este modo, acercándome mas á Valeria, quizá pueda influir de un modo favorable en la suerte de su hermana. ¡Quién sabe si podré conseguir algunas ventajas para la pobre niña, que vive tan olvidada!

Valeria me anunció que desde mañana empezarian las lecciones, pues estaba segura del asentimiento de D. Luis, y me dió permiso para retirarme, pues no queria causarme molestia, según dijo.

Aproveché esta circunstancia y salí de la habitacion, donde quedó ella con su aya, que es la persona que la acompaña siempre.

Mi primer impulso fué pasar la tarde con Angelina; pero no me atreví á bajar á su cuarto, pues esto hubiera podido llamar la atencion del que me hubiera visto allí.

Empleo, pues, estas horas hablando contigo, mi buena María, y contándote todo lo que ha ocurrido desde mi última carta.

Así lo haré siempre.

Tú que eres un ángel, da gracias á Dios en mi nombre por la mejoría de Angelina, y pídele siempre por tu hermano—FABIAN.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GLORIA Á MARÍA.

Poniendo siempre en tí su confianza
Reverente mi patria te venera;
En tí ve el arca fiel de la alianza,
De Dios por tí su salvacion espera.

Tu, Virgen celestial, entre las nubes,
Áureo y flotante pabellon del cielo,
En alas conducida de querubes
Visitar te dignaste nuestro suelo.

Del Ebro caudaloso en la ancha orilla
Un pilar asentaste por memoria;
Dádiva ante la cual toda rodilla
Te da al doblarse merecida gloria.

Santiago el mayor, *hijo del trueno*,
Inspirado por tí, sin mas tardanza,
De santo ardor y de entusiasmo lleno
Extiende la evangélica enseñanza.

Y al orbe muestra en Aragon, María,
Que su creencia es firme y verdadera;
Cual ninguna feliz, la patria mia,
Que homenajes le rinde la primera.

Tu nombre por doquiera respetado,
Germen de todo bien, siempre fecundo,
De uno en otro confin se oye ensalzado
En la extension del redimido mundo.

Las coronas cesáreas deshojadas,
De quien te invoca fiel al soplo ardiente,
Por tu álito de vida refrescadas
Del mártir ciñen la radiosa frente.

Y aquel pilar eterno en cuya basa
El alfange coránico se embota,
Los corazones en tu amor abrasa;
En él de la virtud la fuente brota.

¿No han de corresponder agradecidos
Los que españoles son, á tus bondades,
Con tus dones al ser favorecidos
En sus campos, aldeas y ciudades?

De la imperial basilica en el coro
Al premiar de Ildefonso el celo ardiente,
El Tajo que en su seno arrastra oro
Reflejó tu contorno en su corriente.

Respetada te ves en todas partes
Donde el ibero corre á la pelea,
Que en sus nunca humillados estandartes
Tu imagen hermosísima campea.

La fe de nuestros ínclitos mayores
España te erigiera en santuario:
Por tí son de dos mundos los señores;
Llevan por talisman tu escapulario.

Y en Clavijo, en Zamora, en Talavera,
En Calatañazor, Gormaz y Ocaña
Como en las Navas vence la bandera
Que tú diriges para bien de España.

Pelayo tremoló en *Santa María*
Esa bandera del Islam espanto;
De Astúrias llega ilesa á Andalucía;
Triunfa en la Alhambra, en Tánger y en
Lepanto.

En sus pliegues va envuelta la victoria;
Y nuestra edad materialista, atea,

Ve con admiracion para su gloria
Que del Serrallo hasta Guad-Ras ondea.

Y es que á los bravos tercios de Castilla
Tú los acorres contra gente extraña;
La Pura CONCEPCION los acaudilla
Enseña excelsa de la invicta España.

Colon y Hernán-Cortés guían sus flotas
Por jamás conocidos derroteros,
Y en playas remotísimas, ignotas,
Glorifican tu nombre los primeros.

Sus naves, de borrasca y calma y bruma
Triunfan al recorrer los anchos mares,
Y el imperio que pierde Motezuma
En Guadalupe te levanta altares.

Orlan sus quillas las vencidas olas
De espumosos blanquísimos festones,
Al ir las carabelas españolas
Tu imagen á llevar a otras regiones.

La estéril impiedad trabaja en vano
Por empequeñecer nuestros anales;
Como en la roca el mar, su esfuerzo insano
Se estrella en tus famosas catedrales.

Frio el razonador materialismo
No penetra en sus bóvedas benditas,
Que levantó tal vez el islamismo
Á Alah para adorar en sus mezquitas,

¿Cómo ha de socavar tus monumentos
De la incredulidad el rudo embate,
Cuando anuncian veraces tus portentos
Zaragoza y Toledo y Monserrate?

Aragon publicando cuánto puedes
De tus grandezas las insignias alza:
Su rey don Jaime anuncia tus *Mercedes*,
Su rey don Juan tu Concepcion ensalza.

Celoso defendió, Virgen María,
Tu ingénita pureza el pueblo hispano,
Antes de ver lucir alegre el día
De la declaracion del Vaticano.

Y como ejerces maternal dominio
En cuanto abarca el pabellon ibero,
Bajo tu poderoso patrocinio
Su orden instituyó Carlos Tercero.

De honrosa Cruz el esmaltado centro
Tu efigie perfectísima embellece:
Si brilla al exterior ¡Oh Virgen! dentro
Mi corazon inflama y enardece.

De entusiasmo por tí mi alma rebosa,
Así en mis himnos te cantaba un día,
Solo al cubrir mis restos fría losa
No ensalzaré tus glorias, Madre mía.

Si de la poesía en los verjeles
Alcancé alguna flor, no me envanezco:
Tuyos son los aplausos y laureles;
Por mí ni aplausos ni laurel merezco.

J. Tejon y Rodriguez.

LA VIRGEN DE LAS RUINAS.

(Continuacion).

Venia en busca de Teotisbe, de la moradora de aquel lugar solitario, pero á pesar de su ansiedad por verla y hablarla, dudaba, y no sabia cómo hacer para llegar hasta ella.

Era indudable que la joven solitaria se ocultaría de la vista de los estraños, y solo cuando estuviese segura de no hallar á nadie saldria á vagar por aquellos alrededores.

¿Qué hacer pues? ¿cómo lograr encontrarla? Valerio se hacia esta pregunta, cuando un ¡ay! tenue y vago como el suspiro de un niño vino á espirar en su atento oido.

Aquel gemido le hizo estremecer, pues á pesar de la distancia, su corazon conoció el lábio que le habia exhalado.

—¡Es ella! murmuró con un acento imposible de definir ¡es ella! pero ¿donde está? ¡Oh! cerca de mí sin duda, cerca de mí, y ese suspiro...

Sin poder dominarse, y guiado de su deseo, dió algunos pasos á la ventura ansiando hallar á la que habia sabido despertar en su alma un sentimiento de amor puro y de veneracion profunda.

—¡Teotisbe, Teotisbe! gritó con afán sin ser dueño de contenerse. En nombre de Dios ¿dónde estais?

Un segundo ¡ay! mas claro y perceptible fué la contestacion que obtuvo; pero esta vez, y guiado por aquel acento, se dirigió á un grupo de árboles cuyas ramas caían casi hasta el suelo, y allí oculta entre las hojas y recostada sobre la tierra pudo distinguir la blanca figura de la virgen esposa de Dios.

—¡Cielos! exclamó acercándose ¿sois vos? ¿qué teneis? ¿qué os ha sucedido?

—¡Aquí otra vez! murmuró ella con dulce acento.

—Sí, sí; pero vos me perdonareis el haber venido: ¿no es cierto? me perdonareis cuando os diga que temia por vos, que...

—Gracias, dijo ella con el acento de la gratitud, porque... es cierto... me siento morir!

—¡Tan pronto!

—¡Dios lo quiere! sin duda no estaba bien en este mundo! no todos como vos, respetan la soledad de una muger.

—¿Conque era cierto? Justiniano...

—¡No sé su nombre!

—Pero...

—Solo os puedo decir que un hombre á mas de vos, descubrió mi estancia aquí.

Teotisbe se detuvo: al hablar se ahogaba: tal era su extremada debilidad, y el exceso de la fiebre que la consumia.

—Mas, esa palidez, ese acento tardo é inseguro?... preguntó Valerio mirándola con angustia.

—No sé.... no sé.... y sin embargo, todo esto es muy extraño.

Teotisbe procuró incorporarse, apoyó su blanca frente en una de sus manos, mientras con la otra separaba de las sienes sus cabellos, que destrenzados y sueltos la cubrian como un manto de seda.

Valerio la contempló un instante en silencio y dijo despues:

—Oh! contámelo todo, señora, contádmelo todo por el recuerdo de vuestra madre.

—Y qué os podré decir, respondió ella muy quedo y lentamente, si apenas lo comprendo yo? ese hombre vino una vez.... dos.... muchas: me buscaba con insistencia, y á pesar de mis esfuerzos logró encontrarme un día: me dijo algunas palabras que no entendí bien.... queria que dejase estos parajes....

—¡Ah!

—Yo huí á mi retiró, pero tenia que abandonarle alguna vez; cuando necesitaba salir á buscar frutas silvestres, y verdes raices para mi alimento.

—¡Polbre y santa criatura!

—Otra vez le hallé... me juró que me obligaria á olvidar este sitio, que me arrancaria de él, y... aterrada quise gritar, para pedir á Dios auxilio, pero él puso su mano sobre mis labios para impedirlo... aquella mano parecia que quemaba: él huyó...

—¡El narcótico! exclamó Valerio recordando las últimas palabras de Justiniano.

(Concluirá.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES,
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.